

FERNÁNDEZ CONDE, F. Javier e Raquel ALONSO ÁLVAREZ (2017) (eds.): *Los reyes de Asturias y los orígenes del culto a la tumba del apóstol Santiago*. Somonte, Cenero: Editorial Trea; Ayuntamiento de Oviedo, 140 pp.

La monografía que aquí se reseña es una selección de trabajos presentados en un simposio homónimo celebrado del 13 al 16 de julio del 2016 en Oviedo, según nos indican los propios editores en la presentación del volumen (p. 9). Componen la obra seis aportaciones de distintos especialistas sobre la Alta Edad Media peninsular y sobre los primeros siglos del reino asturiano.

El primero de ellos está firmado por Adeline Rucquoi, quien nos presenta en “Los reyes de Asturias y los orígenes del culto a la tumba del apóstol Santiago” (pp. 17-36) el contexto en el que la *inventio* tuvo lugar y las distintas tradiciones sobre la cristianización de Hispania. De esta forma, sabemos que, a pesar de que existían diversas opciones, Alfonso II se decantó por el apóstol Santiago como el evangelizador de la Península, articulando un discurso de legitimación para hacer frente a las constantes presiones exteriores (francos, papado, mozárabes, adopcionistas...) a las que tuvo que enfrentarse durante su reinado. Una vez visto el origen del culto jacobeo y su significación política, Adeline Rucquoi analiza las distintas rutas –marítimas y terrestres– a través de las cuales los peregrinos llegaban hasta el *finis terrae* durante los siglos IX y XI. Estas vías, que tenían su origen en la época romana y que pervivieron durante la Tardoantigüedad, fueron patrocinadas por los reyes hasta el punto de producirse una institucionalización del peregrinaje y la creación de las diversas versiones sobre el descubrimiento del túmulo.

En una línea muy similar a este primer capítulo, F. Javier Fernández Conde nos acerca a “La documentación escrita sobre el *Camino Primitivo*” (pp. 37-71). Para ello, rastrea en las fuentes escritas altomedievales (literarias y diplomáticas) las menciones al culto jacobeo, analizando críticamente cada referencia y los contextos de redacción. El silencio sobre el peregrinaje en los documentos originales y las menciones en los falsos le llevan a

la conclusión de que el punto de arranque del culto jacobeo lo marcó la donación de Alfonso III del 899 y que hasta mediados del siglo X no hubo una llegada testimoniada de peregrinos.

El tercero de los apartados está dedicado a “La lauda del obispo Teodomiro en la Catedral de Santiago de Compostela” (pp. 73-91), desarrollado por Sonsoles García González. A partir de la Arqueología, la autora trata de reconstruir la primitiva necrópolis compostelana en base a las prospecciones que efectuó Manuel Chamoso a mediados del siglo pasado y a otros ejemplos europeos de templos. Por otra parte, coteja las fórmulas e iconografía del epígrafe sepulcral de este obispo con patrones peninsulares precedentes y posteriores, por lo que es capaz de reconstruir el contexto mortuario de Teodomiro e insertarlo en unas coordenadas político-culturales peninsulares y europeas.

También desde el registro material, Eduardo Carrero Santamaría compara “Oviedo y Compostela: Conmemoración litúrgica, arquitectura y conjunto de iglesias en la Alta Edad Media peninsular” (pp. 93-108). Al igual que Sonsoles García, se sirve de la Arqueología para reconstruir planimétricamente la distribución de los edificios de culto en Oviedo y Santiago y su articulación dentro de un espacio sacral. Gracias a este estudio observamos que las dos ciudades comparten características: ambas fueron creadas *ex novo* por Alfonso II y ambas tienen sus orígenes en un conjunto de comunidades eclesiásticas independientes conectadas a un templo de mayor importancia, cuyo simbolismo radicaba en la veneración a unas reliquias regias (Oviedo) o apostólicas (Compostela). No obstante, no se trató de un caso exclusivo del reino astur ni único en el norte peninsular, sino que contamos con casos análogos en Astorga, Jaca, La Seo de Urgel, Gerona o incluso Milán.

Retomando las fuentes textuales, José M. Andrade Cernadas inserta “La Concordia de

Antealtares en su contexto histórico” (pp. 109-116). Este investigador comienza abordando las distintas copias y ediciones del diploma, sometiéndolo además a una crítica documental. A continuación rastrea las distintas referencias a San Paio de Antealtares antes de la redacción de la Concordia durante el reinado de Alfonso VI. Llegados a este punto, José Andrade nos detalla los mecanismos, ataques y defensas que tanto el cabildo como el monasterio pusieron en práctica para legitimar sus aspiraciones una vez resuelto el pleito, el cual tenemos que situar en un tiempo de transición, tanto política –del gobierno de García II de Galicia al de su hermano Alfonso VI– como religiosa –la reforma gregoriana y la introducción de Cluny en los reinos peninsulares. Diego Peláez fue la figura protagonista de estos momentos como encargado de situar a la Iglesia compostelana en la vanguardia política y religiosa de las últimas décadas del siglo XI, mientras que Antealtares constituyó un obstáculo para las ambiciones del prelado al negarse a perder su antiguo prestigio ante la llegada desde Europa de las nuevas corrientes reformadoras.

En último lugar, Raquel Alonso Álvarez interviene con un capítulo titulado “*Tocius Hispanie presidio et saluti adsiistencia*. La protección del reino: De Santiago al Arca Santa de Oviedo” (pp. 127-140). En él, indaga en los orígenes del Arca Santa ovetense. La autora los sitúa en la consagración de la primera iglesia de San Salvador por Alfonso II. Pero esta reliquia quedó en el olvido durante unos siglos hasta que en la Plena Edad Media volvió al protagonismo público. Parece ser que en el siglo XII se inventó tanto el relato de la apertura del Arca por Alfonso VI como su elaboración mítica en Jerusalén –desde donde pasó a África y de este continente a Toledo. Tras la pérdida del *regnum visigodo*, los fugitivos a Asturias la habrían traído consigo hasta que Alfonso II la ubicó en el edificio por él fundado. Observamos así una simetría entre el Arca ovetense con el Arca de la Alianza, donde el rey *Casto* adquiere el rol de un nuevo Salomón al ser el constructor del Templo donde albergar esta reliquia.

Además, de forma complementaria, el libro cuenta con ocho páginas de diez figuras a color para ilustrar las explicaciones de los autores y facilitar la comprensión de algunos aspectos –sobre todo los que se refieren a las intervenciones arqueológicas en el entorno catedralicio o los elementos muebles analizados en la obra.

Estas seis aportaciones guardan un hilo conductor común que permiten al lector llegar

a unas conclusiones homogeneizadas. Por un lado, los autores consiguen desmitificar los orígenes del culto jacobeo, que si bien ya muy analizado en estudios sobre la *inventio*, sí añaden un contexto de legitimación política y religiosa en la que los propios reyes fueron los primeros interesados en expandir la devoción y en atraer peregrinos a sus territorios; la consecuencia directa fue una institucionalización de la veneración a Santiago y la utilización del apóstol como arma política.

Pero hasta que el culto jacobeo alcanzó este cariz, tuvieron que pasar unos trescientos años hasta que la coyuntura de los siglos XI y XII canalizara estas transformaciones. El episcopado de Diego Peláez marcó el punto de inflexión en la trayectoria política y religiosa de la Iglesia compostelana. Bajo su gobierno, la veneración de las reliquias apostólicas comenzó a ser monopolizado por la catedral y los reyes actuaron directamente como patrocinadores de Santiago. El espacio sagrado se modificó y la historia sobre el descubrimiento del sepulcro fue (re)escrita.

Por otra parte, la conexión política, religiosa y ritual de Santiago con Oviedo, el simbolismo bíblico al que se asociaron a Alfonso II y al Arca Santa o la divulgación por el resto de Europa sobre la noticia de la presencia del cuerpo de un discípulo de Cristo en los confines de Asturias hicieron que Compostela no estuviera aislado del resto de Occidente y que el *finis terrae* no fuera el último rincón del mundo conocido, sino uno de los primeros santuarios de la Cristiandad.

Esta obra, aunque aborde temas que ya tienen bastante recorrido historiográfico, no deja de ser importante a la hora de contextualizar los orígenes de la veneración al apóstol Santiago y de la llegada de los primeros peregrinos y por insertar a Galicia en un marco geográfico amplio, en comunión con el resto de Europa a pesar de encontrarse en el límite de Occidente.

Es una lástima no haber podido contar con todas las ponencias presentadas al simposio, de cuya selección esta monografía es fruto. Éstas habrían incrementado aún más la calidad de esta publicación y podríamos contar con un mayor número de ensayos con los que ampliar las conclusiones y el marco general sobre “Los reyes de Asturias y el culto a Santiago”.

Gonzalo J. Escudero Manzano
Universidad Complutense de Madrid
gonzaesc@ucm.es